

ARTICULOS

BIBLIOTECA PUBLICA ARUS, DE BARCELONA

M.^a CARMEN ILLA MUNNÉ

La Biblioteca Pública Arús, esa gran desconocida, incluso para los mismos barceloneses de quienes, para mayor paradoja, es propiedad, tiene el honor de haber sido la primera biblioteca pública, en el sentido de *popular*, de Barcelona (puesto que la Universitaria (1) no funcionaba como tal) y de haberse avanzado, en muchos aspectos, a los criterios de la época.

Lleva el nombre de un rico prócer barcelonés: Rossend Arús i Arderiu. Era éste un hombre culto, sencillo a pesar de su gran fortuna, que tuvo el acierto de saber escoger a sus colaboradores. Cuando heredó el negocio paterno, ya se asoció un fiel empleado de su padre, en quien descargó todo cuidado para poder dedicarse plenamente a sus expansiones culturales y literarias, que le granjearon una cierta popularidad. Colaboró asiduamente en periódicos y revistas, especialmente en «La Campana de Gràcia», «L'Esquella de la Torratxa», el «Diari Català», etc.; y las 58 piezas de teatro que escribió (48 de ellas en catalán) se representaban con éxito, especialmente *El Nuevo Tenorio* (escrita en colaboración con Joaquín M. Bartrina) que, año tras año, al acercarse la festividad de todos los santos, reaparecería en la cartelera al lado del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, de forma que los barceloneses (además de Barcelona, se representó en otras poblaciones catalanas, Valladolid, Cuba, etc.) tenían que comer temprano (a las tres menos cuarto empezaba la función, hasta las ocho) para no

(1) L. ROCA I ROCA, en una reseña de las bibliotecas de Barcelona, refiriéndose a la Universitaria se lamenta: «El Gobierno mira con la mayor indiferencia nuestra biblioteca...» («La Vanguardia», 11 de nov. de 1894).

perder ningún ripio de los 14 actos seguidos que se les ofrecían en unas tardes que, nos consta, fueron memorables.

Sin embargo, ni el mérito de ser uno de los introductores del uso de la prosa en la escena catalana, ni la excentricidad de fundar una revista taurina (2) o de imprimir un libro en catalán en Estados Unidos (3), ni el ingenio y humor de que hacía gala en sus escritos (recordemos la *Nouvelle Gramatique française pour l'usage des municipals (vulgo sargents de ville) avant, pendant et après l'Exposition Universelle de Barcelona, pour se faire entendre des étrangers que la visiteront par miliers* (4). Ni su «castellano de municipal» (es la expresión con que los catalanes nos referimos, irónicamente, a nuestra manera de hablar el castellano); ni su colaboración a las manifestaciones cívicas, fue uno de los secretarios del I Congreso Catalanista de 1880, y, como consecuencia directivo del «Centre Català»; alma de las fiestas de Carnaval de la «Societat del Born», etc.); ni el título de Gran Maestre de la Gran Lògia Simbòlica Regional Catalana; ni mucho menos sus actividades como actor, no le habrían granjeado el puesto de honor que la historia le ha otorgado. El paso a la inmortalidad lo dio cuando, al redactar su testamento en 1887, instituía herederos de confianza a sus amigos Valentí Almirall y Antón Farnés.

En 1891 (el 22 de agosto) moría en Barcelona, a los 46 años de edad aquel «amigo de sus amigos, campeón de todas las buenas causas» (5), demócrata, federal, republicano y catalanista que J. Coroleu definió como «republicano por convicción, demócrata por instinto y, en su concepto, la república y la democracia significaban para el pueblo la redención de las tinieblas de la ignorancia y de los martirios de la miseria» (6). No es de extrañar que quien «consideró la ignorancia como una calamidad social» costeara la construcción de un enorme edificio en el lugar donde había nacido su madre, en Das (Cerdanya), para albergar las escuelas públicas y la Casa Consistorial, y que le sorprendiera la muerte cuando se disponía a hacer otro tanto en l'Hospitalet de Llobregat, de donde procedía su padre.

Valentí Almirall, cuyo valor intelectual no es preciso ponderar, junto con Antón Farnés, el socio de Arús, como herederos y a la vez ejecutores testamentarios convirtieron en realidad los deseos formulados verbalmente por el amigo fallecido, con lo que demostraron ser dignos de la confianza que en ellos depositara.

Terminaron la construcción de las Casas Consistoriales y escuelas de Das y de L'Hospitalet de Llobregat y procedieron a habilitar el piso en el que había vivido y muerto Arús, en el número 152 (ahora 26) del Paseo de S. Juan, para adecuarlo a las necesidades del local público al que se destinaba: *una biblioteca dedicada al pueblo y que seria cedida al pueblo de Barcelona.*

(2) La revista titulada «Pepe Hillo», en Barcelona, 1874.

(3) *Cartas a la dona*, Nova York, 1877; que recoge las impresiones sobre la Exposición Universal de Filadelfia. JORDI GALOFRÉ en *La Biblioteca Arús... Memòria de llicenciatura*, inédita, ha demostrado documentalmente que fueron elaboradas a la vista de las cartas de un amigo, que incluso le sugería el argumento. Parece ser que tampoco fue impresa en Estados Unidos: *vid.* JOAN CREXELL, «Serra d'Or», 1977, número 214, pp. 23-25.

(4) Impresa en Barcelona, 1887.

(5) «El Campeón», 23 de marzo de 1895.

(6) J. COROLEU, en «La Ilustración Artística», 11 de marzo de 1895.

Para ello recabaron la ayuda de prestigiosos profesionales y artistas: Bonaventura Bassegoda, arquitecto, y Pere Bassegoda, contratista, se encargaron de las obras de remodelaje; Josep Lluís Pellicer cuidó de la decoración; Manuel Fuxá, de las obras escultóricas, etc.

Y efectivamente, lo que más maravilló a los contemporáneos, al inaugurarse la Biblioteca, fue la transformación que se había operado en aquel piso del Ensanche barcelonés: la amplitud de los salones, la luminosidad de sus dependencias, la riqueza y el buen gusto que dominaba el conjunto... Se habilitó una entrada independiente, con una escalinata de dos tramos, amplia y señorial, cuyos peldaños y zócalos son de mármoles de colores, a la que daban luz cuatro enormes candelabros de bronce y latón (desgraciadamente sólo quedan 2). La escalera termina en un peristilo de gusto clásico, con columnas jónicas, cuyo fuste es de mármol de una sola pieza; al frente, como un símbolo y una bienvenida, una reducción a dos metros aproximadamente, de la estatua de «La Libertad iluminando al mundo», de Bartholdi, en plancha de bronce, cuya «antorcha simbólica» (7) es una pantalla de alabastro de una pieza. Sobre la pared posterior de la escalera, un busto en bronce del fundador, entre dos placas conmemorativas, ha contemplado, impávido, el trasiego de la biblioteca durante sus cuarenta y cinco primeros años, luego su silencio sepulcral durante casi treinta.

Los pasillos que quedaron tras las columnas fueron flanqueados por vitrinas adosadas a las paredes, para la exhibición de las joyas bibliográficas que la Biblioteca adquirió; sobre las vitrinas, cuadros al óleo de Van Dyck (¿que desapareció?), de M. Uggel y de Meifrèn y láminas con reproducciones de obras de arte.

Más allá del vestíbulo con la estatua de La Libertad, una sala estrecha y alargada, cubiertas las paredes, desde el suelo al techo, con armarios y estantes repletos de libros y en cuyo centro se instalaron vitrinas para exposición permanente y a la vez para guardar los libros de gran formato, da paso a la Sala de Lectura, capaz para 24 personas, distribuidas en dos mesas alargadas y con «24 cadiras de brassos com no las té millors cap canonge» (8).

En lo alto, una hilera de ventanales da a esta Sala de Lectura una luminosidad especialmente alegre y acogedora. Y enmarcando aquéllos, un friso y unos plafones de tela que imitan mosaicos de oro, en los que figuran los nombres de escritores, artistas, filósofos y sabios de todas las épocas y todos los países en absoluta promiscuidad algunos de ellos representados en busto en unos medallones sobre un ramo de laurel: Cervantes y Ausias March; Galileo y Platón; Muntaner y Herodoto; Velázquez y Viladomat; R. Llull y Darwin, etc. Sobre la puerta de entrada y a ambos lados, en vez de los medallones gemelos del resto de la sala, sendas pinturas reproducen los edificios comunales y escuelas de Das y de L'Hospitalet.

Mención aparte merece el techo de esta Sala de Lectura porque el tiempo y la incursia se han cebado en él. Está dividido en 9 casetones y en cada uno de ellos, Josep Lluís Pellicer pintó «à la grisaille» otras tantas representaciones de las instituciones de enseñanza más célebres del mundo: las Universidades de Barcelona, de Salamanca y de Yale-New-Haven;

(7) «Publicitat», 11 nov. 1894.

(8) C. y R., a «L'Esquella de la Torratxa», 22 marzo 1895.

el Museo Británico y el del Louvre; la Biblioteca Vaticana y, en el centro, la Acrópolis de Atenas; y dos más sobre las que no hay acuerdo (9).

Desgraciadamente, nada subsiste de estas pinturas, si no es la constancia que de las mismas tenemos en las descripciones coetáneas y en los dibujos que el mismo Pellicer hizo de varias dependencias de la Biblioteca para una publicación de la época (10). Ya el 3 de octubre de 1938 el bibliotecario escribía, en una dramática carta de petición de socorro tanto para la institución como para las personas que en ella trabajan: «En quant al tapament de goteres, no pot demorar-se més. Tot es desgracia quan plou i'l sostre està a punt de partir-se. Precisa, doncs, un adob inmediate» (11). La próxima referencia se halla en el acta de reunión del Patronato, correspondiente al día 26 de marzo de 1940, en que visitan la casa para hacerse cargo del mal estado y acuerdan hacer las reparaciones mínimamente necesarias «... para asegurar la debida conservación y custodia de aquélla, durante el tiempo todavía indeterminado, en que continúe cerrada al público por las causas ya conocidas» (12). Cuando en 1967 se hicieron las gestiones para la reapertura de la Biblioteca, el techo estaba tan negro que ni se dieron cuenta de los dibujos y pintaron encima. Recientemente, en 1979, al efectuar obras de consolidación del edificio, se pudo comprobar que de las vigas de hierro que sostenían el techo sólo quedaba un tenue calado que se deshacía en polvo a la más leve presión de los dedos. No hay que olvidar que esta sala, edificada sobre el típico patio interior del Ensanche barcelonés rebasando la línea del edificio, queda sin la protección de los pisos superiores y, por consiguiente, más a la intemperie.

A la espalda de la escalera, aparte pequeñas dependencias, los artífices de la Biblioteca reservaron dos amplios salones: uno para los lectores-investigadores, con una gran mesa central y un enorme facistol de coro; el otro era la llamada Sala de Música, que disponía de piano y armonium, por si alguien deseaba interpretar las partituras, abundantes, que la misma Biblioteca poseía. Ambos salones dan al paseo; un balcón corrido enlaza las cinco aberturas, una de ellas cerrada en una tribuna de cristales, y de él pende sobre el gran portal de entrada, de madera labrada, un enorme farol de hierro forjado y cristales de colores con el nombre: *Biblioteca Pública Arús*. Es preciso consignar que todo el mobiliario es de caoba maciza, labrada y sin barnizar, y que las lámparas, de gas, de estilo modernista, que dan luz en las diferentes salas son de gran valor y de un gusto exquisito. Todo en la Biblioteca es de calidad y auténtico, sin imitaciones.

Mientras se realizaban estos trabajos en el local, Valentí Almirall aplicaba su extraordinaria cultura y su gran conocimiento de los libros a la adquisición de los que creía indispensables para estructurar una buena biblioteca. «No va pretendre de crear un biblioteca especialitzada, ni una biblioteca per a erudits, sinó una biblioteca popular...» (13). Y, efectiva-

(9) Mientras «La Renaixensa», 11 nov. 1894, habla del Museo de Berlín, la gacetilla de «El Federalista», de 30 marzo de 1895, cita las universidades de Leipzig y de Zurich.

(10) «La Ilustración Artística», 11 marzo de 1895.

(11) Carta dirigida a la Administración de la Propiedad Urbana de Barcelona pidiendo autorización para cobrar los alquileres de los pisos.

(12) *Libro segundo de Actas de la Junta Administradora de la B. P. A.*, manuscrito.

(13) JORDI GALOFRÉ: *La Biblioteca Arús...*, pág. 126 y ss.

mente, así es designada algunas veces (14); otras, como Biblioteca del Progreso (15), ya que éste era el lema de Arús.

Se compraron unos 20.000 volúmenes que, junto con los 4.000 procedentes de la biblioteca particular de Rossend Arús, llenaron, una vez encuadernados en la misma Biblioteca (donde se había instalado, a estos efectos, un taller de encuadernación), los estantes que los estaban esperando. Convencidos, Almirall y sus colaboradores, de que una biblioteca ha de ser una historia viva del arte de imprimir, se agenciaron algunos incunables (hablan de 20; actualmente no hay más que 4), y no pudiendo obtener ninguno salido de las manos de Gutenberg, adquirieron un *Codex Justiniani* impreso en Maguncia, el 1475, por Schöffler; libros impresos en letra gótica; y ediciones de valor por sus ilustraciones o su encuadernación. Para ello, Almirall examinaba cuidadosamente catálogos de libros de lance y mantenía contactos con libreros de París, Milán, Lausana y Madrid.

Celso Gomis puntualiza: «... comprende un buen número de notabilísimos autores, antiguos y modernos, a pesar de las calumnias que contra esta Biblioteca se han venido propalando por personas que, precisamente por su estado, deberían abstenerse de calificar lo que no conocen o conocen mal. En efecto, preciso es confesarlo, esta Biblioteca ha sido tenida, desde un principio, por ciertos elementos, como una Biblioteca impía. Basándose en que su fundador... tenía uno de los primeros grados en la francmasonería catalana y en que los que la organizaron eran de ideas políticas muy avanzadas, creyeron que en ella no había más que libros francmasónicos, siendo así que los que aquí tenemos de esta clase apenas ocupan 3 páginas del Catálogo; en la biblioteca de cualquier seminario hay más» (16). Y, más allá, remacha que los que intervinieron en la formación de esta Biblioteca «procuraron dar cabida a todas las doctrinas de los grandes pensadores de la humanidad, sin preocuparse de si eran o no opuestas a las suyas propias, y a todas las tendencias y aspiraciones, huyendo de todo exclusivismo de escuela o de partido...», de forma que si se encuentran obras de Voltaire, Galileo, Darwin o Renan, también las hay de S. Agustín, Sto. Tomás de Aquino, Balmes, Lacordaire y el P. Félix. Todo este inmenso trabajo fue realizado en poco más de dos años. El 9 de noviembre de 1894 fueron invitados a visitarla los profesionales de la prensa, así como literatos, artistas y bibliófilos. Con motivo de dicha visita, J. M. Roca i Roca escribía: «... han sabido adelantarse a la acción oficial, siempre tardía y perezosa, llenando un vacío que se dejaba sentir en Barcelona. Con ello queda demostrada una vez más la eficacia de las iniciativas privadas en una ciudad como la nuestra, tan marcadamente individualista» (17). Sin embargo, para inaugurarla, esperaron tener impreso el catálogo, cuyas fichas redactaron Cels Gomis y Eudald Canivell, con la ayuda de Martí Pons y Juan D. Gallego (18). Dicho catálogo consta de dos partes: en la primera, los libros están ordenados alfabéticamente por sus autores; en la segunda, dichos libros están distribuidos por materias, en unos treinta grupos aproximadamente, algunas de ellas subdivididas. Posteriormente, conocida la C. D. U., nadie se

(14) «La Tribuna», 2 enero 1909; «El Diluvio», 12 mayo 1916, etc.

(15) LAURO CLARIANA: «La Vanguardia», 19 diciembre 1894.

(16) CELS GOMIS: *Memoria decenal, 1895-1904*. Barcelona, Tasso, 1905.

(17) «La Vanguardia», 11 de noviembre de 1894.

(18) *Biblioteca Pública Arús. Catàlech general*. Barcelona, Est. La Catalana, 1895.

atrevió a aplicarla. El bibliotecario, Josep Buxadé, escribía (19) en 29 de marzo de 1932: «Lo sistema que's sequeix per a servir los llibres no pot ésser més senzill y eficaç, com establert pel savi organitzador de la Biblioteca, en Valentí Almirall. Res de sistemes decimals i altres, purament arbitraris. La classificació és la natural de les matèries que contenen los llibres classificats...». Con palabras similares se expresaba poco después, a raíz de una entrevista (20). Los libros se ordenaron por medio de una cota topográfica (armario, estante y número correlativo).

La inauguración oficial fue solemne. Previamente se había cursado una circular a los presidentes de sociedades de Barcelona y de sus alrededores, dándoles cuenta de lo que se gestaba («... Neix del desitj d'ésser dedicada al poble y com conseqüència lògica se cedeix al poble en propietat perpétua; ab medis per al seu sosteniment i ab administració pròpia, independent de tutelas i influèncias perniciosas, i ab l'obligació de qu' estigui oberta per al servey públich a las horas més adequadas per que puguin freqüentar-la els fills del treball.») (21) y recabando su adhesión. Además se anunció que, en diferentes puntos de Barcelona, se recogerían también firmas de adhesión individual de los ciudadanos. La respuesta de las entidades políticas, recreativas, artísticas, humorísticas, de sociedades cooperativas, de centros obreros, sociedades de socorros mutuos, así como de particulares fue masiva. Estos pliegos, que se guardan, forman un grosor considerable; se ha hablado de más de 15.000 firmas, sin exageración. No faltan las de ilustres compatriotas, al lado de centenares de oscuros barceloneses: en una sola página de uno de los volúmenes (22), que está encuadernado en pergamino y tiene portada escrita y coloreada a mano, figuran: Ramon D. Peres, J. Massó Torrents, Joaquim Casas-Carbó, M. Urgellés, Enrique Morera, José Yxart, Pompeyo Fabra y Juan Sardá.

Es particularmente significativo el impacto que causó esta Biblioteca entre la clase obrera, especialmente la más sensibilizada y, como consecuencia, el movimiento de simpatía que desencadenó en este nivel. «El Porvenir Social» dedicó todo el Suplemento del día 24 de marzo de 1895 a justificar su «tributo de admiración a la esplendidez de un rico», a enaltecer la figura del donante porque «siempre vio en un semejante un hermano» y a inducir a los compañeros a ilustrarse y, para ello, a utilizar la Biblioteca Pública Arús: «Urge ilustrarnos... y porque urge y así lo entendió Rosendo Arús quiso dejar, después de su muerte, una institución que respondiese a tal necesidad de la clase trabajadora.» Las colectividades obreras que firman el escrito acaban por reconocer que «no podemos desdeñarlo sino aplaudirlo» y, por esta razón, secundan entusiásticamente los actos de celebración que se preparan.

El domingo, día 24 de marzo de 1895, a las nueve de la mañana se iniciaban los festejos que comprendieron una manifestación cívica de más de 150 entidades con sus estandartes, que hizo un largo recorrido por la

(19) Carta al secretario del Instituto Industrial de Terrassa.

(20) Publicada en «La Humanitat», 7 septiembre 1932.

(21) «Lo Teatro Regional», 2 març 1895.

(22) *Los que suscriben, vehins de la present ciutat, agraïts per la fundació de la Biblioteca Pública Arús portada a felís terme per D. Valentí Almirall i D. Anton Farnés, cumplimentant la voluntat del patrici D. Rosendo Arús, firman la present acceptació de la Biblioteca, espléndidament cedida al poble de Barcelona en març de 1895.*

ciudad hasta llegar frente al número 152 del Passeig de Sant Joan, sede de la Biblioteca, donde tenía lugar la ceremonia de entrega de ésta a la ciudad de Barcelona por los albaceas testamentarios, ante una comisión del Ayuntamiento y representantes de la Diputación Provincial, de la Universidad, etc. Acto seguido se hizo entrega de los pliegos con las adhesiones. Mientras tanto, en la calle, con los balcones engalanados, las corales congregadas entonaron varias composiciones para finalizar con la interpretación de «*Gloria a España!*», de Clavé. También las bandas (acudieron tres) interpretaron «buena música», según un cronista de la época. Por la tarde, la Biblioteca estuvo abierta para que la visitaran varias sociedades corales y los niños de las escuelas de L'Hospitalet. Por la noche hubo serenata a cargo de los Coros de Clavé, que acudieron en comitiva desde su sede (23).

Al día siguiente, la Biblioteca iniciaba su tarea normal. El horario, sin embargo, no sería aún decidido: se fijaría cuando se pudiera apreciar en qué horas la Biblioteca estaba más concurrida. En el breve discurso de la ceremonia oficial, Almirall se había calificado de simple intérprete de la voluntad del fundador. Cels Gomis puntualizará más tarde: «Pero no es sólo a Arús a quien debemos gratitud por la creación de este centro de cultura... Aquél puso los fondos; otro dedicó toda su actividad y privilegiada inteligencia al servicio de esta institución» (24). Porque, en efecto, la actuación de Almirall fue la de un hombre digno y honesto, pero además de una modélica fidelidad al amigo, a cuya memoria no regateó ningún esfuerzo ni permitió que se eclipsara lo más mínimo a beneficio propio. Y hemos de agradecerle muy singularmente el rumbo que supo imprimir a la naciente institución «tant en aspectes materials i bibliogràfics, com en les qüestions jurídiques i organitzatives» (25).

Al frente del *Catàlech general* consta la «Escriptura de cessió d'aquesta Biblioteca al poble de Barcelona», redactada por Valentí Almirall y calificada a menudo de modelo de previsión y de espíritu democrático. Pero además, desde el punto de vista profesional, maravilla la claridad de juicio de quienes, no lo olvidemos, redactaron este documento en 1895. He aquí algunos fragmentos:

«La Biblioteca será siempre pública y deberá estar abierta por lo menos cinco horas diarias...»

«La Biblioteca será siempre libre, no pudiendo excluir sistemáticamente ningún género de libros por motivos sociales, políticos ni religiosos, pudiendo sólo cerrarse las puertas a las publicaciones criminosas o pornográficas clandestinas.»

«...la Biblioteca no podrá tener en la presidencia ni en otro sitio de sus salones retratos ni símbolos políticos, sociales o religiosos de actualidad...»

«Durante las horas públicas no se podrá impedir la entrada ni los medios de leer o estudiar a ninguna persona por razón de sexo, edad ni clase. Sólo podrán ser expulsados aquellos que no guarden el orden y compostura propios de la casa.»

(23) Vid. descripción exhaustiva en la *Memòria de Llicenciatura...* de JORDI GALOFRÉ, pp. 132-135.

(24) *Memoria decenal, 1895-1904*, p. 5.

(25) JORDI GALOFRÉ, *op. cit.*

«En todos los documentos oficiales de la Junta, así como en todos los actos que se celebren en la Biblioteca, se podrá usar indistintamente de las lenguas catalana o castellana, igualmente nacionales.»

Dichos párrafos son suficientemente elocuentes. En otro apartado, la Escritura establece: «La Biblioteca será perpetuamente propiedad del pueblo de Barcelona, y en su representación de una Junta...» formada por el Alcalde de Barcelona «o aquel que ejerza el cargo más similar que venga tal vez a substituirle por las vicisitudes de los tiempos»; dos Concejales, designados por el Alcalde; un presidente designado por la Academia de Buenas Letras y otro por la de Ciencias Naturales y Artes (o por otras que las sustituyan); y «cuatro ciudadanos de Barcelona». El Presidente nato de la misma es el Alcalde, si asiste a las reuniones, pero la Junta debe elegir de su seno un Vicepresidente que ejercerá las funciones de Presidencia. Parece que a lo largo de la historia de la Biblioteca sólo en dos ocasiones Alcaldes de Barcelona tomaron posesión de este cargo.

El papel que debe jugar dicha Junta es simplemente el de administradora, o procuradora, de los bienes de la Biblioteca. Como resume el articulista: «El poble hi tindrà tots los drets, la Junta totes les obligacions» (26).

Económicamente, la Biblioteca no debía tener problemas: nacida como una fundación, los gastos de mantenimiento del local, así como los de renovación del fondo bibliográfico «para que no le sucediese a esta Biblioteca lo que a la generalidad de las de España: que se fosilizara por falta de recursos...» (27) y los de su servicio, debían ser sufragados por los alquileres de los pisos del inmueble, propiedad de la Biblioteca, por la renta (2.400 ptas.) de un depósito de valores en el Banco de Barcelona, que ascendía a 44.250 pesetas, y por los derechos de autor del fallecido Rossend Arús.

Desgraciadamente, «així com l'aspecte jurídic i organitzatiu és modèlic, com ho demostra la supervivència de la fundació en circumstàncies-límit i difícilment previsibles, no podem dir el mateix de la dotació econòmica...» (28). La Biblioteca no podía percibir la renta sino «una vez fallecida la persona que hoy la usufructa» (29), lo cual no sucedió hasta el año 1914, en que coincidieron con una devaluación. Los derechos de autor correspondiente a las cada vez más espaciadas representaciones de las comedias de Arús o de sus versiones cinematográficas fueron disminuyendo. Se gestionó prontamente una subvención del Ayuntamiento, justificada en principio como la devolución del importe de la contribución especial del Ensanche, por el inmueble que la Biblioteca ocupa, compensación que se concedía a precario, puesto que cada año tenía que solicitarse arguyendo datos y justificantes.

Nos podemos hacer cargo de las dificultades en que desarrollaba sus actividades la Biblioteca por la carta de contestación publicada (30) por un lector a raíz de un artículo firmado por el tesorero de la Junta, Ernest

(26) C. y R. en «L'Esquella de la Torratxa», de 22 de marzo de 1895.

(27) CELS GOMIS: *Memoria decenal, 1895-1904*. Barcelona, L. Tasso, 1905.

(28) J. GALOFRÉ: *Op. cit.*, p. 131.

(29) C. GOMIS: *Memoria decenal, 1895-1904*, en base a la *Escritura de cessió*, p. IX.

(30) «La Tribuna», de 2 enero de 1909.

Moliné Brasés (31). El lector se queja de que no hay libros modernos, de que el catálogo «la meitat és nul perquè ab l'ús s'han inutilisat infinitat de llibres...», de que no se dispone de papel, ni tinta ni plumillas y que el personal se duerme en su cometido, con lo que los lectores tienen que esperar que se acumulen varias peticiones para que les busquen los libros. En su crítica, hace sólo excepción del bibliotecario, Eudald Canivell (32), que, ya mayor, no debía tener suficiente energía para imponerse sobre los otros dos empleados: el conserje, que vivía en la misma Biblioteca (y que era un antiguo servidor del Sr. Arús) y un ayudante, a quien llamaban portero. En su crítica, el comunicante de «La Tribuna» hace una curiosa referencia al panorama bibliotecario de la época en Barcelona: «De manera que l'única Biblioteca hàbil que té el poble a la seva disposició (la de l'Universitat està tan mal servida y organitzada com aquesta, però no cal estranyar-se'n, perquè per això és de l'Estat) quasi no pot habilitarla...»

Los lectores, de 60 diarios (33) bajaron a 40 (34), disminución que atribuyen al expurgo de novelas insulsas, de las que se dieron de baja más de 1.500 de una vez y cuyo hueco fue cubierto «con obras de verdadera utilidad» (35).

Otras circunstancias influyeron en el declive de la Biblioteca Pública Arús: en 1914 se abrió al público la Biblioteca de Catalunya, que había formado el Institut d'Estudis Catalans; por otro lado, las mejoras en la Biblioteca Universitaria y el traslado de la Facultad de Medicina habían derivado el público estudiantil (36) hacia otras instituciones.

Del estudio comparativo de las cuentas de ingresos y gastos se desprende el porcentaje dedicado a la adquisición de libros y a su encuadernación (hay que tener presente las palabras de Cels Gomis (37) «mientras no estén encuadernados no se pueden poner en manos del público y, por lo tanto, es como si no se tuvieran»). Aparte mejoras de tipo material como la instalación eléctrica complementaria en 1910, la de la calefacción, en 1923, teléfono en 1926, de los extintores contra incendio en 1928, etc., dicho porcentaje oscila entre el 17 por 100 de 1913 y el 12,54 por 100 de 1930, con tendencia a la baja, aunque se nota una ligera recuperación tras esta fecha (probablemente como consecuencia de los acontecimientos políticos) para llegar al presupuesto confeccionado el 6 de julio de 1936, en que se destina sólo el 5,56 por 100 del total de gastos previsibles a la partida de libros y encuadernación. En el mismo presupuesto, el personal consume el 44,5 por 100 del total.

Que la situación debía ser grave nos da idea el que se venden (1924) dos librerías de la casa al Ayuntamiento para el Archivo Histórico Municipal (¡que, por cierto, tardarían un año en cobrar!), que ofrezcan un

(31) «El Poble català», de 2 diciembre de 1908.

(32) «... qui ab sa personal bona voluntat fa més de lo que li pertoca y molt més de lo que té obligació de fer i pot fer...»

(33) CELS GOMIS: *Memoria decenal, 1895-1904*.

(34) CELS GOMIS: *Memoria decenal, 1905-1914*. Barcelona, Henrich, 1915.

(35) A este respecto, merece la atención fijarse en unas partidas para «trabajos de catalogación» consignadas en los gastos del año 1906; se pagaron a una peseta por hora.

(36) «El Diluvio», 12 mayo 1916.

(37) *Memoria decenal, 1895-1904*.

cuadro de Modest Urgell y dos de Eliseu Maifré a diversos postores (entre ellos al Comisario Regio del Palacio Real), aunque sólo del primero logren la operación, en 1927, y que, en el mismo año, vendan la mesa y el sillón de Gran Maestre de Rossend Arús, por 300 pesetas, a la Gran Logia Española.

La Biblioteca Pública Arús, sin embargo, por las peculiares circunstancias de su creación, ha canalizado la simpatía popular. Una forma de expresar esta simpatía han sido los donativos de libros que fluyeron a ella tempranamente; aparte los cedidos por sus organizadores más directos, Valentí Almirall, Cels Gomis, Eudald Canivell, etc., cabe destacar los de Apelles Mestres, de Josep M. Vallès i Ribot (que al morir legó su biblioteca particular), de A. Torrents Monner, del artista Ferran Torras (1925), de Carreras Candi (1928), de Faura I Sans (1930), etc., etc. Y, ya en nuestros días, los de cooperativismo del Sr. Albert Pérez Baró; de anarquismo, la biblioteca particular (más de 3.000 títulos) de Hermoso Plaja, exiliado en México, y la de Diego Abad de Santillán, de recepción inminente, etc.

Además de estos legados extraordinarios, a la Biblioteca han hecho llegar puntualmente sus producciones los autores de libros y folletos, independientemente de la materia de que traten, pero especialmente si se refieren a ciencias sociales; las dedicatorias a R. Arús o a la Biblioteca, autógrafas y firmadas por los autores, los hacen singularmente valiosos. Por otro lado, desde que Josep Buxadé fue nombrado bibliotecario, desplegó una gran actividad, también en la petición de donativos a varias instituciones; el Instituto de Reformas Sociales, de Madrid, por ejemplo, respondió generosamente a su llamada.

El aumento del fondo bibliográfico, pues, ha sido más bien anárquico y dispar. El fondo primitivo, coherente y exhaustivo para la época, destacaba por la singularidad de algunas secciones, como, por ejemplo: la de libros sobre América y Filipinas (recordemos que la Biblioteca se abrió en 1895, en plena efervescencia del problema colonial); la de libros de arte, con estudios sobre los principales movimientos de Europa y reproducciones de las obras contenidas en sus grandes museos; la ya citada que debía ilustrar la historia de la imprenta, con finalidad pedagógica; la de libros de masonería, que, aunque escasos en número, son valiosos por tratarse de boletines, instrucciones, rituales, etc., exclusivamente de uso interno (aunque, naturalmente, no van más allá de la muerte de Rossend Arús); la de monografías locales, centradas en ciudades o pequeñas poblaciones de toda España, pero particularmente de los pueblos que históricamente habían constituido la Confederación Catalano-Aragonesa; la de alegaciones en derecho, memoriales y otros documentos de los siglos XVII, XVIII y XIX; la de revistas publicadas en el siglo pasado, muy completa; las piezas únicas que corresponden a los manuscritos de las *Actas del I Consejo Federal de la Región Española* (A.I.T.) y de los libros copiadores de *Comunicaciones y circulares* del mismo, etc., etc.

En carta fechada el 25 de marzo de 1915, Federico Urales (38) ofrecía a la Biblioteca, por 500 pesetas, «una colección de periódicos obreros tan completa que afirmó no existe otra en España, pues la componen todos

(38) En el membrete del papel de cartas, se autodefine como «Aficionado a las letras y a la agricultura»... Esta carta ha llegado hasta nosotros probablemente porque estaba mezclada con otras sin importancia, que la protegieron.

los periódicos publicados desde el año 54 hasta la fecha, menos *El Productor*, de Barcelona, y *El Corsario*, de La Coruña... Forman parte de ella toda la prensa obrera del tiempo de la Internacional, lo mismo pública que secreta». Añade, además, que «cedería muy baratos» «algunos libros de mi biblioteca». No hay constancia de la respuesta, ni sabemos si el tema se trató en Junta de Patronato (39), aunque es de suponer que lo sería, ni en el *Llibre de Caixa* existe asiento alguno por esta cantidad (que para la Biblioteca debía representar una fortuna), ni ninguna factura a nombre de F. Urales de 1915-1916. Caso de que se hubiera llegado a algún acuerdo, se explicaría con ello la presencia en esta Biblioteca de varios volúmenes de historia del movimiento obrero en España durante la segunda mitad del siglo pasado y de los ejemplares duplicados de algunas revistas del siglo XIX de contenido social. Nada se puede afirmar mientras nueva documentación no venga a corroborar o a desmentir la suposición insinuada más arriba, aunque, ciertamente, también esto explicaría que el mismo Federico Urales escriba, el 7 de abril de 1928, anunciando el viaje de Max Nettlau, que viene a redactar algún estudio con los libros de la Biblioteca sobre los que parece que pide información. Desgraciadamente, toda la correspondencia ha desaparecido; sólo consta el epígrafe, en el libro de *Entrades*, correspondiente a los años 1923-39. Este y el complementario de *Sortides* serán las únicas fuentes de información (perdidos, como hemos visto, los libros de *Actas de las sesiones de Junta*) para la historia de la Biblioteca hasta enero de 1939.

Durante los años 1927-1929, además de Nettlau, frecuenta la Biblioteca M. Buenacasa; uno y otro regalan libros suyos.

Será aleccionador (y desmoralizador) hacer una comprobación exhaustiva de los libros que, a pesar de haber llegado, por compra o por donativo, a la Biblioteca (de lo que se tiene conocimiento bastante detallado) han desaparecido.

Globalmente, se puede hacer una constatación de bulto: en 1904, Cels Gomis, en su tantas veces citada *Memoria decenal*, dice que la Biblioteca posee 30.000 libros; en 1932, Josep Buxadé, en la también citada entrevista publicada en *La Humanitat*, habla de 80.000 volúmenes catalogados. Actualmente, el fondo antiguo rebasa escasamente los 50.000: ciertos temas han desaparecido por completo; algunos ejemplares valiosos han sido sustituidos por ediciones corrientes de la misma obra, y otros vacíos e irregularidades se pueden detectar. Aunque 30.000 volúmenes es una cantidad considerable (y admitamos que exagerada) hay que reconocer que las circunstancias eran favorables a la actuación de cualquier desaprensivo. Desde 1923, el bibliotecario se quejaba que había montones de libros en el suelo, por doquier, que no cabían en los estantes. En cualquier momento se pudo echar mano de ellos para llenar huecos comprometedores.

A pesar de las depredaciones, la Biblioteca aún puede ofrecer a los estudiosos de hoy un buen número de libros, folletos y revistas únicos, o en ejemplares muy raros, con lo que resulta inconcebible, por ejemplo,

(39) El Departamento de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona, en fecha 2 noviembre de 1979, pasó a la Biblioteca Pública Arús para su custodia el *Libro Segundo de Actas...* (que contiene las de 21 noviembre 1939 hasta 26 marzo 1940 y el epígrafe, sólo, de la de 26 noviembre 1940) y otro *Libro de Actas*, iniciado el 23 de mayo de 1967, con motivo de las gestiones para la reapertura de la Biblioteca, que incluye las sesiones hasta hoy.

una nueva edición del *Manual del Librero hispano-americano* sin un vaciado previo del catálogo de autores de la Biblioteca Pública Arús y es, desde luego, imposible redactar ningún estudio serio sobre *historia, literatura, arte, sociología, ciencia o técnica en el siglo pasado*, sin acudir a ella. Aunque también es cierto que, por razón de las condiciones en que ésta se ha desarrollado, sin un criterio de selección y sin medios para sufragarlo, no es posible redactar ningún trabajo con el solo material existente en la Biblioteca.

A instancia del Institut Català de les Arts del Llibre, con el que estaba vinculado el bibliotecario Eudald Ganivell, la Biblioteca Pública Arús envió varias obras (entre ellas el admirablemente bien conservado *Codex Justiniani*, impreso por Schöffer) a la Exposición de las Artes del Libro que debía celebrarse en Leipzig, de mayo a octubre de 1914; la Guerra Europea bloqueó la devolución de las mismas hasta el final del conflicto bélico. La Biblioteca colaboró también en la Exposición bibliográfica con motivo del I Congrés Internacional de la Llengua Catalana y con motivo de la Exposición Universal de Barcelona, de 1929, el Presidente del Consorcio del Puerto Francó solicitó, para su exhibición, las *Memorias históricas*, de A. de Capmany, impresa en Madrid, 1779-1792, en 6 volúmenes, y la edición de *Il Consolato del Mare*, hecha por el Consorcio Autónomo del Puerto de Génova (Turín, 1911). Recientemente, en 1978, con motivo de la Exposición de Arte Faraónico, instalada en las Atarazanas, la Biblioteca pudo ofrecer varios ejemplares curiosos, como, por ejemplo, alguno de los volúmenes de láminas de la edición segunda (en 26 de texto y 11 de ilustraciones), que se hizo para reseñar la expedición científica que acompañó a Napoleón en su viaje a Egipto.

A las dificultades económicas que endémicamente venía sufriendo la Biblioteca desde su fundación, se añadieron otras de tipo diferente, como la actuación irregular de uno de los auxiliares, el que había entrado como conserje en 1923 y que tuvo que ser destituido a finales de 1929. La guerra civil no hizo sino agravar las condiciones de supervivencia (40): el decreto de finales del 36 que rebajaba los alquileres fue causa y origen de una copiosa correspondencia reivindicativa por parte de la Biblioteca; la incautación de ésta por la U. G. T., aunque subsanada por una posterior incautación por parte del Ayuntamiento, significaba la interrupción de su historial democrático, puesto que dejaba sin efecto el papel de la Junta administradora; el intento de colocar refugiados (abril 1938) en el piso del conserje, piso que «es una dependencia de la Biblioteca y comunica, como es de suponer, con la misma constituyendo un anexo de ella...», con el peligro que tal eventualidad suponía para la integridad de sus 80.000 volúmenes, etc., etc. Mientras tanto la Biblioteca era refugio y lugar de reunión de los sacerdotes que vivían en Barcelona, medio escondidos en casa de familiares o conocidos (41).

A aquellas calamidades vino a sumarse el viaje que el conserje tuvo que realizar, por motivos familiares, a Carcagent en abril de 1938. El regreso se demoró, primero, por la misma razón de orden familiar, luego

(40) «... per estar ofegant-nos agobiats pels deutes i les necessitats». Carta de 16 de noviembre 1937 a la Comissió Mixta d'Administració i control de la Propietat Urbana.

(41) Información facilitada por el pariente de uno de ellos.

porque se habían roto las comunicaciones, tanto terrestres como marítimas, entre Valencia y Barcelona. La actividad epistolar del bibliotecario, en estas fechas, es frenética. Enfermo como parece que estaba (probablemente desde hacía años, porque ya en 1927 anuncia, como algo extraordinario, que hará uso de sus quince días de vacaciones durante el mes de julio para reponerse; en agosto la Biblioteca sólo funcionó por las mañanas, «excepcionalment», y en años sucesivos menudean las referencias a días que ha faltado al trabajo), la presencia del auxiliar le era necesaria. El 11 de octubre de 1938, en una carta al Alcalde, expone: «Jo he gestionat i he lograt el retorn (del conserje), a la Jefatura Naval de València, per a que pogués regressar amb submarí. El cap hi accedí però vol un passaport de la Jefatura de Policía de València i en la Jefatura es neguen a donar-lo...» por lo que recaba su intercesión. En la postdata se excusa: «Perdoneu la escriptura i demés. Greument malalt al llit he hagut de llevar-me per a traçar aqueixes ratlles com he pogut.» Y aún añade: «Us prego vetlleu que durant la meva malaltia no es cometi cap atropell a la Biblioteca, que es la amor de les meves amors.»

Aún dirgiría, en 22 de diciembre, otra carta, esta vez al Director General y Jefe Supremo de Seguridad de la República, por el mismo asunto: «No existe legalmente razón alguna para privarle del regreso y en cambio su presencia aquí es indispensable...»

Nada más hay anotado en el libro registro de salidas de la correspondencia. En el *Llibre de Caixa*, el tesorero añadió en las guardas del volumen, porque se habían agotado las hojas disponibles, la relación de ingresos y gastos de 1938 y de enero de 1939, con un «Apèndix per rahó de la moneda» que especifica la «quantitat composta de billets il·legítims y com a tals entregada a la superioritat...».

¿En qué fecha se cerró la Biblioteca? o, lo que es lo mismo, ¿hasta qué día funcionó normalmente? Son preguntas que a menudo saltan en la conversación cuando se habla de la Biblioteca Pública Arús. Nada seguro se sabe porque parece que ninguno de los que vivieron aquellas jornadas se acuerda y, en la Biblioteca, no hay la más leve referencia escrita al respecto. Sólo las hojas de control estadístico son algo más elocuentes. Desde noviembre de 1937 hasta mediados de enero de 1938 los números parciales diarios, correspondientes a lectores y libros consultados, son del bibliotecario, pero las sumas totales son del conserje, que además firma la hoja como «bibliotecario accidental». Desde el 17 de enero de 1938 hasta el 31 de diciembre, parciales y totales corresponden a los trazos del auxiliar-conserje que sabemos que en estas fechas estaba en Valencia, sin poder regresar. La deducción lógica es que éste, ya entrado el año 1939, puso en limpio las estadísticas que en su día había anotado el bibliotecario, estadísticas que incluso firmó como bibliotecario accidental, puesto que el titular había muerto en febrero del 39 (42).

Al cabo de un año moría también el que había sido tesorero de la Junta por espacio de 36 años (43), quien en la reunión habida el 21 de

(42) Recibio de la viuda, fechado en 28 abril 1939, por el importe de dos meses del sueldo que percibía su «difunto esposo... correspondiente a los meses de enero y febrero del corriente año, que son los últimos que prestó su servicio a dicha Biblioteca...».

(43) Copia del oficio de pésame dirigido a la familia, de fecha 27 de febrero 1940.

noviembre de 1939, a la que asistieron sólo cuatro miembros (tres de los antiguos y un Concejal del nuevo Ayuntamiento), había dado «cuenta de la suspensión del funcionamiento de la Biblioteca a causa de la enfermedad del Oficial bibliotecario... y de su fallecimiento ocurrido en febrero...» y alegó que no se había procedido «a la designación de la persona que hubiera de ocupar dicho cargo... interinamente, para no crear derechos y para no limitar, de ningún modo, la plena facultad de la Junta de Patronato en el nombramiento de nuevo Oficial» (44). Los supervivientes de la Junta, por lo visto, no se sentían representativos; tanto el Presidente, F. Bofarull i Sans, como el Secretario, Carles Viada, habían muerto en 1938.

Es de suponer que la Biblioteca ya no se abrió a primeros del año 39, ni después (45); aunque se siguieron pagando los sueldos de los dos auxiliares; el portero se jubiló en diciembre de 1958; y el conserje y su familia siguieron viviendo en las piezas contiguas a la Biblioteca y ocupando, de hecho, toda la planta, hasta primeros de 1974.

Por tradición oral ha llegado hasta nosotros que en algún momento, recién finalizada la guerra, se presentó un piquete con la intención de «depurar» el fondo bibliográfico; afortunadamente, como la Biblioteca estaba cerrada, el conserje no les permitió la entrada. Y la Biblioteca permaneció cerrada para el público, es decir, para el pueblo, de quien era propiedad, aunque tuvieron acceso a sus fondos quienes se presentaban pertrechados con la autorización correspondiente del Ayuntamiento, previa presentación de una carta justificativa y del aval de un catedrático universitario o similar. René Lamberet, Clara Lida, Seco Serrano, entre muchos otros, disfrutaron de esta excepción.

El largo paréntesis abierto a principios del 39 se cerrará el 13 de septiembre de 1967, fecha de reapertura de la Biblioteca Pública Arús, una reapertura discreta, casi vergonzante, siguiendo el consejo de F. Mateu y Llopis, quien «no estima preciso dar solemnidad especial a la reapertura de la repetida Biblioteca y que el Ayuntamiento podrá limitarse a facilitar una nota a la prensa, indicando simplemente el horario para la asistencia del público» (46).

El Ayuntamiento no se había visto con ánimo para poner en marcha la Biblioteca y había recabado, en conversaciones iniciadas en 1963, la ayuda de la Diputación, que sostenía con decoro una apreciable red de bibliotecas en la provincia de Barcelona. El convenio al que ambas corporaciones llegaron estipulaba que el personal técnico y los libros correrían a cargo de la Diputación, mientras que los gastos de mantenimiento del local, así como del personal subalterno, serían sufragados por el Ayuntamiento. En representación de la Diputación, el Director de sus Bibliotecas Populares fue nombrado miembro de la Junta de Patronato; y la Biblioteca Pública Arús convertida en Biblioteca Popular, para lo cual se adquirieron algunos libros de actualidad.

Así vegetó hasta el año 1974, en que el Concejal designado por el Alcalde como Presidente de la Junta, L. Pérez Pardo, percatado de la im-

(44) *Libro segundo de Actas.*

(45) En sesión de 26 marzo 1940, última de las que consta acta, se juzgaron prematuras la provisión de la plaza vacante de oficial-bibliotecario y la apertura al público de la Biblioteca.

(46) *Libro de actas*, de 23 de mayo de 1967.

portancia de la vetusta institución y consciente de que la coyuntura le era más favorable, se propuso rehabilitarla. Dentro de las escasas posibilidades económicas existentes, mejoró sensiblemente su instalación material (adaptación del piso del conserje como almacén, limpieza de los libros y los armarios, restauración de las lámparas, etc.) y respaldó una reestructuración del fondo; comprendió que lo primero que se necesitaba era saber exactamente cuál era el fondo real de la Biblioteca y que sólo profesionales podían desempeñar esta labor, por lo que la Junta administradora contrató por su cuenta personal técnico bibliotecario y auxiliar (que ha fluctuado entre tres y cinco, según las ocasiones), quienes bajo la dirección de la bibliotecaria destacada por la Diputación, han realizado una ímproba labor en un tiempo récord: registro, catalogación y clasificación, en cinco años, de 50.000 volúmenes del fondo antiguo, más 3.000 procedentes del donativo Plaja. Al mismo tiempo, se procedía a su reordenación, a fin de dejar más a mano los que más previsiblemente serían objeto de consulta y estudio. Primero se redactó sólo la ficha principal, aunque con «tracing» completo; actualmente, a partir de éstas, se está confeccionando los catálogos sistemático decimal y alfabético de materias y se añaden las referencias necesarias en el de autores. En poco más de un año, al finalizar 1980, se habrá llegado a la mitad, aproximadamente (hasta la letra G, inclusive), del catálogo de autores. Al mismo tiempo, se prepara la edición del catálogo por autores, del donativo recibido sobre anarquismo y exilio.

Un Consejo asesor, aprobado por la Junta administradora el día 11 de marzo de 1975 y constituido por los doctores J. Fontana, E. Giralt, J. Molas, J. Nadal y J. Termes, debía marcar la política de adquisición de libros y revistas en la Biblioteca; la falta de recursos ha impedido su correcto funcionamiento pero sirvió, sobre todo, para señalar las directrices que debía seguir la Biblioteca. La que nació como Biblioteca popular (para el pueblo), que aún en 1932 razones de peso (47) justificaban que mantuviera este carácter, no puede ni debe mantenerlo hoy día, cuando dos bibliotecas populares funcionan en sus inmediaciones (a una distancia de dos y de tres manzanas, respectivamente) y una tercera no muy lejana, en el mismo barrio, todas ellas en mejores condiciones de instalación y con fondos más apropiados para cumplir aquella misión. Los fondos existentes, dictaminó el Consejo asesor, la señalan como una biblioteca de investigación, especializada en la cultura del siglo XIX, en la cultura en su sentido más amplio, que, por razón de la simpatía que suscita y de los donativos que ha recibido o que puede recibir en el futuro, podría extender la especialización hasta nuestros días en lo que a movimientos sociales se refiere.

Con ochenta y cinco años a cuestas, la Biblioteca Pública Arús está a punto de alcanzar el tren de la normalidad. De una normalidad a todos los niveles: de funcionamiento (conocimiento de los libros existentes y acceso a ellos), administrativa (los miembros de la Junta eligieron democráticamente a quien debía actuar como Presidente, F. Borrell i Mas, si el

(47) «... la seva missió de fomentar la cultura, principalment al indret ahont està establerta, o sia entre'l públich, especialment obrer, de la part dreta de la ciutat vella y nova y les barriades colindants, puix que és la única biblioteca pública que hi ha a Barcelona per al servey de dits encontorns». Carta al Alcalde de Barcelona, de 3 de noviembre de 1932.

Alcalde no asiste a las reuniones), de gestión (ayuda económica generosa, dentro de sus posibilidades, del actual Ayuntamiento de Barcelona)... Ya en el camino de la recuperación, esperemos que muy pronto la Biblioteca ocupe el lugar que le corresponde en el conjunto de las instituciones culturales del mundo.